



PALACIO DE ORIENTE, 1º DE OCTUBRE DE 1972: 36 AÑOS DE FRANQUISMO

El Generalísimo y su probable sucesor presiden el banquete oficial

ESPAÑA

Las voces del sistema

El lunes 1º de octubre, el generalísimo Francisco Franco celebró el trigésimo sexto aniversario de su ascenso al poder en España. El príncipe Juan Carlos de Borbón, designado en julio de 1969 sucesor real del caudillo, se sentó a su lado. El arzobispo de Madrid, cardenal Vicente Enrique y Tarancón, ofició un solemne tedéum en la iglesia de San Francisco. Tres personajes del régimen. Sí. Pero tres ópticas distintas, también. El primero, verdadera encarnación de la política que lleva su apellido, es aún un decidido partidario de la línea dura, táctica que tiene en la Guardia Civil uno de los principales soportes (el general Carlos Iniesta Cano, director general de ese cuerpo armado, proclama su vocación por la "disciplina de hierro" y afirma, como lo hizo en El Ferrol, que "el franquismo durará mil años"; este oficial asiste anualmente, en Madrid, a la misa en memoria de Adolfo Hitler).

Juan Carlos espera su turno para modernizar —se supone— a España, europeizarla. Poco antes de la celebración franquista había visitado Alemania Federal, su quinto viaje oficial al exterior. Los anteriores fueron a Francia, Estados Unidos, Japón y Etiopía. El príncipe fue acompañado por el ministro de Relaciones Exteriores, López Bravo, artífice de un aperturismo que mucho tiene que ver con la Ostpolitik de Willy Brandt. Finalmente, el arzobispo de Madrid, pese a que sus detractores lo llaman "la voz en off del sistema", aspira a diferenciar la Iglesia española de un Estado que cada vez parece más lejos de los preceptos evangélicos.

El objetivo principal del canciller

español, prolijamente secundado por Juan Carlos, consiste en convertir a su país en integrante de la Europa política y económica que, hasta la fecha, la segrega. Luego de la entrevista entre el príncipe y el ministro de Relaciones Exteriores de Alemania Federal, efectuada en Bonn en la última semana de septiembre, Walter Scheel debió precisar, en conferencia de prensa, que las estructuras de las instituciones europeas (léase Mercado Común) suponen que los países miembros tengan parlamentos democráticos, que puedan elegir a quienes vayan a integrar las organizaciones que conforman el área del MCE. Scheel fue claro: España no está aún, sobre todo desde el punto de vista de los requerimientos democráticos, a la altura de los nueve socios de la Comunidad (Francia, Alemania Federal, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Italia, Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca).

Sin embargo, no desdeñó la cautela: conviene —afirmó— estudiar tales problemas "con cuidado" y esperar la posibilidad de ciertos "progresos" en el clima político ibérico. Las afirmaciones de Scheel fueron una respuesta a Georges Pompidou (quien actualmente encuentra escasos reparos a la pretensión española de integrar el MCE); a la juventud socialdemócrata de Alemania Federal —que en el día de la entrevista con Juan Carlos manifestó en las calles de Bonn contra el "fascismo español"— y a sus propios visitantes, interesados en replantear los términos del comercio con Bonn —muy deficitario para España; a pesar que Alemania Federal es, de los países del MCE, el primer cliente de Madrid—, y en discutir la posible compra del sistema alemán de televisión en color denominado PAL; España también adquiriría tanques de guerra Leopard.

A PESAR DEL ORO. La política exterior que conduce López Bravo tiene puntos de contacto con la que instruyó en Francia el general Charles

de Gaulle. Desde hace varios años, España intenta diferenciarse del Departamento de Estado norteamericano (uno de los momentos de mayor fricción se registró en 1966, a propósito del caso de la bomba con ojiva atómica que se perdió en la región de Palomares), mostrándose cada vez más reticente a arrendar bases militares a los Estados Unidos. Respecto a Medio Oriente, es notoria la identificación con la política francesa: España jamás reconoció a Israel y mantiene buenas relaciones con el mundo árabe, desde el conservador Marruecos hasta la socialista Argelia. Más complicada es la situación respecto a la Unión Soviética, país que aún retiene los 500 millones de dólares en oro que depositaron en Moscú, en 1937, las autoridades republicanas, y donde reside una buena parte de los vencidos en la Guerra Civil; no obstante, desde 1967 en adelante se han firmado una serie de acuerdos económicos, técnicos y consulares; el más importante, concretado el 15 de septiembre último, permitirá el intercambio de delegaciones comerciales dotadas de amplias prerrogativas. Uno de los resultados más significativos de la Ostpolitik ibérica se produjo a comienzos de 1972: los mineros asturianos en huelga fueron derrotados gracias a las importaciones de carbón polaco.

Entretanto, para fijar la posición de la Iglesia, se encuentra reunida, desde hace un mes, la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, presidida por el cardenal Enrique y Tarancón. Las conclusiones se conocerán en noviembre próximo, cuando la Asamblea Plenaria Episcopal se expida sobre la actitud que tomará ante los conflictos sociopolíticos de la península, el margen de opción política de los sacerdotes y el testimonio evangélico de pobreza que el clero debe a los fieles.

El conflicto no es tan abstracto como pudiera creerse. El nudo es, nuevamente, la abrogación o revisión del Concordato de 1953 que fija, entre otras cosas, el método para designar los obispos de España. De acuerdo a ese documento, el Estado tiene derecho a elegir, cada vez, entre una terna propuesta por el Vaticano. Como tales prerrogativas minimizan el poder electivo de la Santa Sede, ésta contraataca negando su visto bueno para la designación de titulares en seis diócesis vacantes: el arzobispado de Santiago de Compostela y los obispados de Gerona, Tarazona, Mallorca, Cádiz y Ceuta. El finteq a que se dedican Iglesia y Estado hace las delicias de la Falange. Desde que el omnipotente Opus Dei logró controlar los resortes esenciales de la economía española, dotándola de una eficacia que la arrancó de casi tres años de recesión, los sectores falangistas más ortodoxos, huérfanos de ideas y gente que oponer a la coherencia desarrollista institucionalizada en el Plan, tratan de minar las relaciones entre el Estado (al que ya no ven como propio) y el Vaticano, con el fin de enfrentar a éste con los caiques opusdeístas. ♦